

El empirismo sin dogmas: hacia una nueva epistemología*

Francisco J. Salguero Lamillar
salguero@us.es

22 de octubre de 2007

La posición empirista ha pasado a lo largo de la historia del pensamiento por avatares diversos que han ido moldeándola conforme al estado que de la ciencia le era contemporáneo. Así, desde la *empeiria* de los griegos hasta el método propuesto por Roger Bacon y desde éste hasta el escepticismo de David Hume o el *esse est percipi* de George Berkeley no sólo ha pasado el tiempo, sino que también ha pasado la historia. Espectacular es, en cualquier caso, el giro que el moderno empirismo ha dado en las últimas décadas con respecto al clásico de John Locke e, incluso, al empirismo un tanto bronco del neopositivismo lógico, que pervivió durante las cuatro primeras décadas del siglo XX y que aún hoy da sus últimos coletazos, sobre todo entre los pensadores de tradición anglosajona; aunque es desde esta misma tradición filosófica desde la que se ha puesto en marcha la revisión de la vieja epistemología para volver a conformarla al estado actual de la ciencia y a sus necesidades.

Entre los escritos del filósofo norteamericano Willard van Orman Quine encontramos un gran número de textos dedicados a desarrollar una nueva epistemología fundada sobre las bases críticas y depuradas de ese “empirismo antidogmático” que ha ido naciendo con nuestra época, por oposición a aquél de los primeros años del siglo XX. Su valor para la lógica y los estudios sobre el lenguaje radica, sobre todo, en que desde la filosofía se establecen tanto el lenguaje lógico como su papel con respecto al conocimiento científico y, en última instancia, a la realidad. Al menos, ese es el proyecto de libros como *Word and Object* o *The Roots of Reference*, entre otros, por citar dos obras de nuestro autor de concepción homogénea y que no son sólo una suma más o menos feliz de artículos.¹

El objeto de este trabajo es destacar y analizar los aspectos más relevantes de este empirismo nuevo, por lo que se refiere a aquellos puntos en los que la teoría epistemológica se presenta como una teoría acerca del lenguaje y, más concretamente, de la lógica entendida como un lenguaje formal exento de ambigüedad en su referencia

*El presente texto es una presentación de algunas de las ideas que el lógico y filósofo norteamericano Willard v. O. Quine desarrolla en sus obras respecto de la lógica, las teorías científicas, el significado y el lenguaje en general. Se trata de un texto inédito, compuesto hace años, cuando el autor trabajaba bajo la dirección de Emilio Díaz Estévez en temas relacionados con la filosofía de la lógica, la lógica modal y la lógica epistémica. A pesar del tiempo transcurrido, hemos querido recuperarlo con leves retoques, si no por su valor científico, sí como un homenaje sentido de quien debe sus comienzos en la investigación en lógica y lingüística al profesor Díaz Estévez.

¹En la extensa bibliografía que aparece al final de este trabajo se enumeran las obras y los principales artículos escritos por Quine. De entre todas ellas, sólo *Word and Object*, *Philosophy of Logic* y *The Roots of Reference* son libros dedicados a la filosofía de la lógica y concebidos unitariamente. Otros como *From a Logical Point of View* o *The Ways of Paradox* son conjuntos de artículos con temas más o menos homogéneos, entre los que predominan los dedicados a la filosofía de la lógica y del lenguaje. Los demás son tratados de lógica, propiamente dichos.

al mundo. Desde tal perspectiva, es evidente que la semántica de los lenguajes lógicos va a ocupar un lugar destacado en la discusión y que se va a llegar a la elección de la notación canónica para éstos a través del establecimiento de la relación que se da entre los signos lingüísticos y el mundo, establecimiento que ha de depender, por supuesto, de la peculiar teoría epistemológica que defendamos. Las consecuencias para los lenguajes formales —y en especial para una muy concreta parcela de la lógica como es la lógica de las modalidades y de las actitudes proposicionales— las estudiaremos en otro sitio, limitándonos aquí a exponer el neoempirismo que el propio Quine postula en sus obras.

1. Ascenso semántico

En el comienzo de toda mutación teórica suele haber algún tipo de reinterpretación de los términos de la teoría. También encontramos los sucesivos cambios que desde el siglo XVIII se han dado en la concepción epistemológica empirista cimentados sobre un desplazamiento semántico de este tipo que tiene lugar entre los términos “ideas” y “palabras”.

Para el empirismo clásico, las ideas conforman los contenidos mentales referidos a las sensaciones y como tales suponen la base de todo conocimiento. John Locke distingue así entre ideas simples de la sensación, surgidas de las funciones sensitivas; ideas simples de la reflexión, que tienen su origen en la reflexión sobre las propias ideas y de las cuales son las principales las de percepción, pensamiento y voluntad; y las ideas compuestas, que nacen a partir de las ideas simples y constituyen el pensamiento. También David Hume hace la distinción pertinente entre aquellos contenidos mentales (percepciones) que provienen directamente de los sentidos y los elaborados a partir de ellos, aunque su terminología difiere algo de la de Locke: a los primeros los llama impresiones y a los últimos, nuevamente, ideas. Y no es George Berkeley una excepción cuando identifica a los entes sensibles con las ideas de estos en las mentes finitas y, en última instancia, en la mente infinita de Dios, garante de su existencia independiente de las múltiples mentes humanas sujetas al error y la discrepancia.

Este papel fundamental, que en la epistemología empirista clásica desempeñan las ideas, pasa a ser patrimonio del lenguaje cuando el lingüista británico John Horne Tooke encuentra razonable en 1786 hacer este comentario a la obra de Locke *An Essay Concerning Human Understanding*:

“La parte más importante del ensayo del señor Locke, esto es, todo lo que tiene que ver con lo que él llama la abstracción, la complejidad, la generalización, la relación, etc., de las ideas, sólo concierne, ciertamente, al lenguaje”.²

El significado profundo de este comentario únicamente es asequible desde la perspectiva que nos proporciona el conocimiento de los desarrollos epistemológicos ulteriores en el seno del empirismo. Quine ve en él, sin embargo, el punto de arranque de las nuevas teorías empiristas sobre el conocimiento. En definitiva, lo que el texto de Tooke esconde es un desplazamiento conceptual desde las ideas a las palabras. Para la teoría, los contenidos mentales básicos pasan de ser de índole figurativa a tener un carácter puramente lingüístico. Los sentidos no proporcionan ideas a la mente, conceptos abstractos o cualquier otro tipo de entidad no material que se corresponda con

²TOOKE, J. H.: *The Diversions of Purley*, volumen 1, Londres 1786 y Boston 1806, página 32. La cita está tomada de QUINE W. V. O.: “Five milestones of empiricism”, en *Theories and Things*, op. cit., página 67.

los seres materiales exteriores a ella, sino que de algún modo proporcionan palabras, términos del lenguaje que se corresponden uno a uno, en el mejor de los casos, con las impresiones que los han originado. Si al principio del empirismo hallamos en el discurso sobre la realidad una sustitución de los objetos por ideas, ahora se cambian las ideas por las palabras al hablar del mundo y de nuestra forma de conocerlo.

Se corresponde este desplazamiento con una maniobra frecuente en la filosofía analítica contemporánea y entre los filósofos de la lógica, que Quine llama “ascenso semántico”.³ En pocas palabras, el método del ascenso semántico consiste en llevar la discusión acerca de la realidad física hacia un terreno puramente lingüístico con el fin de acceder a través de los términos a la parte común de dos esquemas conceptuales fundamentalmente distintos, para confrontar mejor los diferentes fundamentos de ambos. No quiere decirse que se reduzca la realidad a cuestiones de lenguaje. Lo que sí se reduce a este tipo de cuestiones es “nuestro conocimiento de la realidad”, nuestro discurso acerca del mundo que sólo es válido en la medida en que es un discurso acerca de las teorías que manejamos sobre él.

Merced al “ascenso semántico” podemos dejar de hablar de objetos para hablar de los términos lingüísticos que los designan y preguntarnos cuáles de sus contextos son útiles y para qué fines, lo que nos proporciona una clara ventaja ontológica sobre el fisicalismo y el psicologismo empirista, puesto que no hemos de hacer abstracción de la relación sujeto/objeto que aparece aquí mediada por el lenguaje.

Tras este cambio en el enfoque, la epistemología —en palabras del propio Quine— se convierte en semántica y la ontología pasa a ser ocupación propia del lógico desde el momento en que ser asumido como una entidad es serlo como un término del lenguaje; esto es, en última instancia, como el valor de una variable. El ser pasa de ser lo percibido a ser el valor de una variable ligada. He aquí el contexto en el que el célebre adagio quineano cobra pleno sentido.⁴

2. Teoría del significado y teoría de la referencia

Este desplazamiento del centro de gravedad de la epistemología empirista hacia las palabras no es, sin embargo, definitivo. Dos importantes problemas aparecen a raíz de él. A saber: determinar cuál sea el estatuto epistemológico de los términos sincategoremáticos y cuál el de los llamados “términos teóricos”.

Los términos sincategoremáticos son aquellos que carecen de significado por sí solos y que por tanto, en principio, no se corresponden con ningún tipo de impresión sensible. Palabras como “y”, “o”, “si” difícilmente encuentran un lugar entre los términos que supuestamente tienen el papel de proporcionar los contenidos mentales correspondientes a las sensaciones. Y con todo, no podemos pensar en un lenguaje, correlato mental de la realidad, que no las contenga. Pero si bien es cierto que no es posible darles significado aisladamente, también lo es que se las puede definir contextualmente.

El método de la definición contextual lo encontramos ya en Frege y, sobre todo, en la teoría de las descripciones de Bertrand Russell. Pero Quine ve en la *teoría de las ficciones* del británico Jeremy Bentham su primera exposición.⁵ En ella, Bentham

³Cfr. QUINE, W. V. O.: *Palabra y objeto*, op. cit. página 280 y *Filosofía de la Lógica*, op. cit. página 34.

⁴Cfr. *La relatividad ontológica y otros ensayos*, op. cit. página 118: “No chocaría con las ideas preconcebidas del viejo Círculo de Viena el decir que la epistemología se convierte ahora en semántica”. Para el célebre adagio “Ser es ser el valor de una variable” cfr. *From a Logical Point of View*, op. cit. páginas 13 y 15.

⁵Cfr. *Theories and Things*, op. cit. páginas 68–70 y *La relatividad ontológica y otros ensayos*, op. cit. páginas 96–98.

defendía que para explicar el significado de un término no es necesario especificar su referente objetual o su traslación en impresiones sensoriales. Basta con mostrar cómo traducir las sentencias completas en las que debe usarse el término. De este modo y desde la teoría se evita el escepticismo humeano con respecto a la ciencia, surgido de la imposibilidad de relacionar necesariamente impresiones (o, si se prefiere, ideas) y objetos físicos, mediante la cláusula que nos permite traducir sentencias completas sobre cuerpos en sentencias completas sobre impresiones, sin que esto signifique que equiparemos los cuerpos con cosa alguna.⁶

El paso dado es importante, porque podemos apreciar en el método de la definición contextual un nuevo desplazamiento del eje alrededor del que gira la epistemología empirista, esta vez desde los términos a las sentencias en las que aparecen. El nuevo desplazamiento da cuenta del segundo problema, genuinamente propio del positivismo lógico y generado por lo que se ha llegado a conocer como “el dogma reductivista”, a partir de la denominación quineana.

En “Dos dogmas del empirismo”, Quine llamó dogma reductivista del empirismo moderno a “la creencia de que cada enunciado significativo es equivalente a alguna construcción lógica sobre términos que refieren a la experiencia inmediata”.⁷ Es decir que solamente serán significativos aquellos enunciados cuyos términos componentes hagan referencia directa a la experiencia. Un enunciado en el que apareciesen términos “no empíricos” carecería por tanto de sentido porque no sería significativo.

Hemos visto ya que los términos sincategoremáticos son términos “no empíricos”. Pero hay aún otro grupo de términos que pertenecen a esta misma clase y cuya inclusión en el lenguaje de la ciencia es inevitable. Se trata de los términos teóricos; términos como “electrón”, “función de estado”, “clase” que no tienen correlato directo con impresiones sensoriales. La constatación de este hecho provocó que se diese un giro importante en el proyecto positivista de investigación. Se consideró entonces que el vehículo primero del significado debía ser el enunciado y no el término y que todo enunciado que incluyese términos teóricos pero que pretendiese tener significado (significado empírico, se entiende) debía ser susceptible de traducción a un lenguaje puramente observacional compuesto por lo que algunos autores llamaron “enunciados protocolares”. Tal era el programa que Carnap pretendía desarrollar en su *Der Logische Aufbau der Welt*.⁸

Quine describe este nuevo desplazamiento del foco semántico desde los términos a las sentencias como un paso hacia adelante en la epistemología empirista, pero no acepta el proyecto de Carnap como definitivo, pues pervive en él el reductivismo criticado. La verdadera batalla hay que darla a partir de este punto contra el presupuesto básico que anima la teoría de los enunciados protocolares: la noción de significado.

Los problemas de la semántica —esto es, los de la epistemología— quedan divididos en dos provincias fundamentalmente diversas: los que tienen que ver con la teoría del significado y los relacionados con la teoría de la referencia.⁹ La confusión entre ambas ha dado lugar, según Quine, a la mayoría de los problemas con los que ha tenido que enfrentarse el empirismo desde los primeros años del siglo XX.

⁶Ibidem.

⁷“Two Dogmas of Empiricism”, en *From a Logical Point of View*, op. cit. página 20.

⁸CARNAP, R.: *Der Logische Aufbau der Welt*, Berlín 1928. Hay traducción al inglés: *The Logical Structure of the World*, California 1967.

⁹“Notes on the theory of reference”, en *From a Logical Point of View* op. cit. pág.: 130. Algunos autores como Hintikka o Davidson rechazan esta distinción entre teoría del significado y de la referencia. En otro sitio hemos intentado establecer un pasaje natural entre ambas, con el objeto de hacer posible la factibilidad de una lógica de las modalidades y de las actitudes proposicionales que, por la naturaleza de su objeto, no puede menos que tratar con contextos intensionales. Cfr. HINTIKKA, J.: “Semantics for propositional attitudes”, en *Models for Modalities*, op. cit. y DAVIDSON, D.: “Truth and Meaning”, *Synthese* 17 (1967) 304–323.

La teoría positivista del significado está basada en nociones tan ambiguas y problemáticas como las de *intensión, sentido, proposición o sinonimia*. Declara que los enunciados significan porque mantienen una relación directa con la experiencia o, cuando esta relación falla como en el caso de la teoría verificacionista con respecto a los enunciados que contienen términos teóricos, con otros enunciados puramente observacionales. En tal caso, la relación que se establece entre enunciados teóricos y enunciados observacionales no es otra que la de sinonimia, cuyo concepto plantea tantos problemas de índole lingüística y filosófica que la teoría del significado en él fundada se descubre flotando sobre el vacío. Porque, ¿cómo es posible establecer que dos cadenas literales tienen como correlatos propios las mismas impresiones sensoriales? Quine discute ampliamente este problema en diversos lugares con el objeto de mostrar que cualquier tipo de traducción ha de ser, por su propia naturaleza, indeterminada.¹⁰

La teoría de la referencia, en cambio, se basa en nociones como *nombrar, verdad, extensión o denotación* y sustituye el concepto de sinonimia por el de “sinonimia cognitiva”, tomado de la psicología conductista. Los enunciados del lenguaje significan si son verdaderos de ciertos objetos y sólo de esos objetos que pertenecen a la ontología presupuesta por nuestra teoría, y los términos denotan extensionalmente a sus referentes en virtud de la verdad o la falsedad de los enunciados en los que aparecen. Quine encuentra de este modo que el lenguaje apropiado para la descripción científica del mundo es el lenguaje lógico-extensional que describe y estudia en *Mathematical Logic* o en “New foundations for mathematical logic”.¹¹

En resumen, la unidad de significado pasa en la nueva epistemología empirista de ser el término a ser el enunciado. Y el enunciado significa merced a la relación que mantiene con la realidad, relación que en el metalenguaje se expresa a través del predicado “es verdadero”, entendido en el sentido extensional que Tarski le asigna en su semántica.¹² Esta concepción empirista del significado y de la verdad puede parecer un tanto extraña si la comparamos con la más clásica teoría verificacionista, aunque sin duda es más fructífera al evitar los problemas de asignificatividad que presentaban ciertos términos teóricos irreductibles a impresiones sensoriales. Los llamados enunciados teóricos, aun sin estar relacionados directamente con la realidad a través del predicado “es verdadero”, sí lo están con los puramente observacionales que garantizan su carácter empírico. En palabras de Quine:

“Una teoría científica no será contrastable con la evidencia sino por la confrontación individual de las oraciones observacionales con la observación y por las conexiones establecidas entre las oraciones teóricas y las observacionales”.¹³

Para el apartado siguiente queda la tarea de aclarar cuáles sean estas conexiones que, por supuesto, no han de ser la sinonimia o la sola definición de los términos teóricos en función de otro tipo cualquiera de términos.

¹⁰Para la indeterminación de la traducción véase, sobre todo, *Word and Object*, op. cit. capítulo segundo. También SCHULDENFREI, R.: “Quine in perspective”, *Journal of Philosophy* 69 (1972) y FOSS, L.: “Quine on translational indeterminacy”, *Notre Dame Journal of Formal Logic*, XII (1971), páginas 195ss.

¹¹QUINE, W. V. O.: *Mathematical Logic*, Harvard University Press, Cambridge, Mass. 1951 y “New Foundations for Mathematical Logic”, en *From a Logical Point of View* op. cit. pág.: 80.

¹²TARSKI, A.: “Der Wahrheitsbegriff in den Formalisierten Sprachen”, *Studia Philosophica*, 1, 1936, páginas 261–405 y en *Logic, Semantics, Metamathematics*. Clarendon Press, Oxford, 1956.

¹³*Filosofía de la lógica*, op. cit. pág.: 28.

3. Holismo pragmático

El enunciado

- (1) “El número de los planetas de nuestro sistema solar es nueve” es verdadero

no se refiere a la realidad de forma directa, sino oblicua a través del lenguaje. La parte entrecomillada de (1), una vez que prescindimos de las comillas que indican que estamos nombrando el enunciado y no afirmándolo, tomada como el enunciado

- (2) El número de los planetas de nuestro sistema solar es nueve

sí se refiere, en cambio, directamente a la realidad. Podría pensarse entonces que ambos enunciados difieren entre sí de algún modo que tiene que ver con nuestra forma de declarar cómo la realidad es o, de otro modo, con nuestra forma de acceder a la misma. Sin embargo, tanto (1) como (2) exponen el mismo hecho o acontecimiento mundano y ambos establecen la misma verdad científica. La única diferencia estriba en el uso lingüístico: en el primer caso mencionamos el enunciado que hace referencia al hecho de que el número de los planetas conocidos en el sistema solar es nueve, en tanto que en el segundo usamos asertivamente ese mismo enunciado.

Pero, se preguntará, ¿qué pasa con la parte no entrecomillada de (1)? ¿Es que hemos de considerarla irrelevante por lo que se refiere al significado del enunciado? ¿No añade nada al hecho de que el número de los planetas sea nueve el que afirmemos su verdad? La respuesta a las dos últimas preguntas es que no. Y la explicación de este “no”, la respuesta a la primera.

En la discusión acerca de la forma y la constitución de nuestro sistema solar, el enunciado (1) supone un caso evidente de ascenso semántico con respecto a (2). La ventaja, por lo que se refiere a los presupuestos ontológicos del discurso, es clara si nos damos cuenta de que discutir sobre la realidad mediante la discusión sobre enunciados acerca de la realidad nos evita cualquier tipo de conclusión ontológica indeseable — que no puede ser soslayada en enunciados como (2)— del tipo, por ejemplo, de la conclusión de que no existen más que nueve planetas. En tales casos, el predicado “es verdadero” pone de manifiesto que, pese a la ascensión semántica que nos hace hablar de oraciones, seguimos teniendo como referente último la realidad.¹⁴

Sin duda, la cláusula “es verdadero” no es irrelevante en el enunciado (1), por tanto, ya que tiene la virtud, en primer lugar, de desentrecomillar la parte que la antecede, consiguiendo que la referencia del enunciado entrecomillado no sea una referencia puramente lingüística a la cadena literal que lo compone, sino una referencia a la realidad. Pero además, nos permite descubrir qué tipo de conexiones se dan entre los enunciados teóricos y los observacionales, y entre estos y el mundo, lo que había quedado sin decidir en el apartado anterior.

Ya vimos que la relación entre los enunciados y la experiencia no puede reducirse a una traducción directa de los términos a impresiones sensoriales, porque esto significaría la necesaria eliminación por asignificativos de términos teóricos muy importantes en las diversas ciencias físicas y formales. Tampoco puede tratarse de una traducción de las sentencias teóricas a sentencias observacionales, como pretendía el positivismo, puesto que la significatividad de las primeras dependería del concepto ambiguo de sinonimia, que explícitamente rechaza Quine. De donde sólo nos queda subir el nivel de nuestro discurso y pensar que tal relación se establece en definitiva entre la observación y un sistema de sentencias, esto es, entre la observación y una teoría. La unidad de significación empírica pasa a ser la teoría científica y este paso es

¹⁴Ibidem, página 37.

el tercer gran desplazamiento semántico que ha dado lugar al empirismo tal y como lo entiende nuestro autor.

Así, Quine concibe la teoría científica como un sistema del mundo que encaja limpiamente por sus bordes con las observaciones (por utilizar una metáfora), como “un campo de fuerzas cuyas condiciones límite da la experiencia”.¹⁵ Cuando entre la experiencia y la teoría se producen fricciones, se tiende a la revisión de los enunciados observacionales periféricos que están en contacto con ella y, por ende, de todos aquellos enunciados teóricos que se hallan en el *hinterland* y que se encuentran lógicamente relacionados con los enunciados observacionales modificados. Quedarían en tal caso, empero, determinados enunciados protegidos en virtud de la aplicación del principio del mínimo costo teórico, que se modificarían solamente cuando las fricciones con la observación se hiciesen pertinaces, en cuyo caso estaríamos cambiando una teoría ineficaz por otra más útil.¹⁶

Esta concepción totalista de la ciencia, que ha sido acertadamente llamada por Hofstadter “holismo pragmático”,¹⁷ disuade al empirista de hablar aisladamente del contenido empírico de un enunciado. Es fácil ver, a partir de ella, que las principales relaciones que se establecen en el seno de una teoría científica entre observación, enunciados observacionales y enunciados teóricos son las de simplicidad y conservadurismo pragmático, junto con la que determina el predicado “es verdadero”, arriba tratada. Todo nuestro conocimiento, que se fundamenta en la observación empírica, se encuentra, a tenor de lo dicho, en función de las teorías que maneja. Incluso la ontología que admitimos es la que se corresponde con nuestras teorías. Pero hay más: la observación misma depende del aparato teórico con que nos acercamos a la realidad.¹⁸ Las teorías científicas se erigen de este modo en el basamento sobre el que se eleva el edificio del conocimiento humano.

El enunciado (2) es, por tanto, una instancia abreviada del enunciado (1) y éste, a su vez, es la abreviatura del enunciado

(3) “El número de los planetas de nuestro sistema solar es nueve” es verdadero en T ,

donde T es una teoría cualquiera. Todos los enunciados sobre la realidad son en última instancia de este tipo.¹⁹

4. ¿Enunciados analíticos?

Esta concepción epistemológica que Quine desarrolla y asume en su obra —que bien puede ser denominada empirista, aunque las raíces que la anclan al suelo del empirismo clásico estén, hasta cierto punto, ocultas— le lleva a rechazar algunos presupuestos propios del positivismo y de la teoría del conocimiento por su incompatibilidad con el proyecto lógico que emerge de sí; entre los cuales se halla la división

¹⁵En *From a Logical Point of View*, página 42.

¹⁶Cfr, “Two Dogmas of Empiricism”.

¹⁷HOFSTADTER, A.: “The Myth of the Whole: A consideration of Quine’s view of Knowledge”, *Journal of Philosophy*, 51 (1954), páginas 397–417.

¹⁸Compárese con las tesis acerca de la percepción significativa expuestas en DUHEN, P.: *The Aim and Structure of Physical Theory*, Atheneum, Nueva York 1962, y en HANSON, N. R.: *Perception and Discovery*, Freeman Cooper, San Francisco 1969.

¹⁹No hemos querido modificar el ejemplo de la argumentación adrede, a pesar de que desde el 24 de agosto de 2006, por resolución de la *Unión Astronómica Internacional*, Plutón haya dejado de ser considerado un planeta, al redefinirse este concepto por unanimidad, por lo que el sistema solar está formado en la actualidad —esto es, según la actual teoría T — acerca de qué es y qué no es un planeta — por Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, además de otros objetos que no son definibles como planetas en la teoría alternativa T' .

de los enunciados en analíticos y sintéticos. Su crítica al concepto de analiticidad es tal vez uno de los puntos más controvertidos y comentados del nuevo empirismo lógico que abanderó el filósofo norteamericano por sus repercusiones en el ámbito de la lógica y de la filosofía de la ciencia.

Cuando nos preguntamos por el estatuto epistemológico de enunciados como:

(4) Luis Buñuel es Luis Buñuel

(5) Luis Buñuel es el director de la película *El ángel exterminador*

que pueden ser formalizados

(6) $a = a$

(7) $a = b$

respectivamente, podemos profundizar desde la semántica en la peculiar visión del mundo que anima al filósofo a aceptar que hay diferencia entre ambos o no.

En nuestro caso, los enunciados (4) y (6) son dos claros ejemplos de lo que Kant llamó “juicios analíticos”, es decir: depende máximamente de las estructuras lógicas de nuestro lenguaje y para nada de la observación empírica el que todos coincidamos en decir que tales enunciados son verdaderos. En cambio, (5) y (7) serían enunciados sintéticos ya que nuestra decisión sobre su valor de verdad depende de la experiencia. Pero Quine no acepta esta distinción. Veamos el porqué.

Si admitimos la distinción entre enunciados analíticos y sintéticos, hemos de admitir también que la igualdad expresada por el signo $=$ en los enunciados (6) y (7) ha de establecerse necesariamente entre signos y no entre los objetos designados, ya que de otro modo cabría esperar la misma inmediatez en el reconocimiento de la verdad de (7) que la que se da en el de la verdad de (6). Ahora bien, los signos a y b no son, evidentemente, iguales, por lo que la relación que se establece entre ambos no lo está en virtud de su forma tampoco. Por tanto, si dada la verdad del enunciado (7), no depende la relación de igualdad establecida entre sus términos ni de la igualdad de los referentes ni de la igualdad de los signos *qua signa*, debe depender del modo en que aquellos son dados. Básicamente, ésta es la raíz de la distinción fregeana entre sentido y referencia, entre intensión y extensión:

“Si el signo a sólo se diferencia del signo b como objeto (en este caso por su forma), y no como signo (es decir, no por el modo como designa algo), entonces el valor cognoscitivo de $a=a$ sería esencialmente el mismo que el de $a=b$, caso de que $a=b$ fuese verdadero. Una distinción puede darse únicamente en caso de que la diferencia de signos corresponda a una diferencia en el modo de darse lo designado”.²⁰

Pero esta consecuencia de la aceptación del dualismo analítico/sintético choca de plano con el proyecto lógico-extensional de Quine, por lo que él no puede menos que rechazarla como contraria a sus presupuestos. Y no es ésta la sola causa del rechazo. Existe, además, una fundamental relación entre la aceptación de la analiticidad y el dogma reductivista del positivismo. Basta con volver a repasar la definición de enunciado analítico para comprender que no encaja con la concepción holista expuesta en el apartado anterior porque, *ex definitione*, un enunciado analítico es verdadero por su sola constitución lógica y no en virtud de la teoría en la que se encuadra.

²⁰FREGE, G.: “Sobre sentido y referencia”, en *Estudios sobre semántica*, trad. de Ulises Moulines, Ariel, Madrid 1984, página 50.

Vemos que es, en definitiva, la sustitución de la teoría positivista del significado por la más restrictiva de la referencia lo que lleva a Quine a abandonar la distinción entre analítico y sintético. Esto conlleva el rechazo de toda diferenciación posterior de conocimientos, ya sea modal (no hay verdades necesarias), ya basada en diferencias respecto a la fuente de su verdad (rechaza el criterio de verdad por convención), en la fuente del mismo conocimiento (no hay conocimiento *a priori*) o en el criterio de que algunos conocimientos son más seguros que otros (que es el propio de quienes defienden sin paliativos la certeza de los “informes sensoriales” o de la lógica).²¹ Sólo hay un género de conocimiento, que es el ejercitado por los científicos de la naturaleza. Lo que equivale a una especie de monismo epistemológico en el que se reconoce el ineludible fundamento empírico-observacional de todo valor de verdad de un enunciado significativo.

5. Verdad y pragmatismo

Hemos visto cómo, desde esta nueva perspectiva del empirismo, la semántica recoge en su seno a la epistemología. El filósofo de la ciencia y el teórico del conocimiento, por tanto, pasan a ser lógicos porque ya no se busca una fundamentación primera y —diríamos sin ningún sentido peyorativo— metafísica del conocimiento desde la ontología, sino un lenguaje lo más simple y preciso posible con el que describir la realidad dentro de los cauces de la ciencia establecida. Este lenguaje ha de ser —es, según Quine— un lenguaje lógico-extensional; en concreto, la lógica de predicados de primer orden:

“Si tomamos la notación canónica con esa austeridad y nos atenemos también a las economías formales del capítulo 5, disponemos exclusivamente de estas construcciones básicas: predicación, cuantificación universal (cfr. sec. 34) y funciones veritativas (reducibles todas a una). Los componentes últimos son las variables y los términos generales; y estos se combinan en la predicación para formar las sentencias atómicas abiertas. Lo que se nos ofrece entonces como esquema para sistemas del mundo es una estructura perfectamente conocida por los lógicos contemporáneos: la lógica de la cuantificación o cálculo de predicados”.²²

Esto deja fuera de juego a las lógicas de orden superior, a las lógicas modales y de actitud proposicional, a las lógicas temporales y de la preferencia o a las lógicas polivalentes, entre otros desarrollos no clásicos, que no se adecúan a la notación canónica establecida por Quine.

Se desdibuja también, de este modo, la frontera que se suponía trazada entre la metafísica especulativa y la ciencia natural. Esta última pasa de ser detentadora de verdad a actuar como una prolongación del sentido común, cuya mayor habilidad consiste en hinchar la ontología para simplificar la teoría. Lo que, dicho más brevemente, se puede resumir en el enunciado: “Ser es ser el valor de una variable ligada”; importa a la ciencia lo que una teoría dice que hay y no se preocupa de la cuestión “¿qué hay?”, que es de muy diversa índole. Simplicidad y utilidad pasan a ser los requisitos más importantes exigibles a una teoría científica y, por ello, los valores propios del conocimiento en general. Cualquier otra pretensión escapa necesariamente a la concepción crítica que el científico ha de tener a un tiempo del mundo y de su acceso

²¹Cfr. SCHULDENFREI, R.: “Quine in perspective”, *Journal of Philosophy* 69 (1972). Hay traducción española en la revista *Teorema*, 1975, V/1.

²²*Palabra y objeto*, página 237.

al mismo a través de su ciencia. “Tanto cuando se hace lógica —dice Quine— cuanto cuando se hace física el objetivo es siempre el mismo: obtener, dicho con palabras de Newton, un sistema del mundo lo más liso y lo más sencillo que sea posible y que encaje limpiamente por sus bordes con las observaciones”.²³ Sólo los contornos del sistema tienen que cuadrar con la experiencia. El *hinterland* teórico, con todos sus mitos y sus ficciones, con su hinchada ontología de cuerpos físicos, electrones, positrones, fuerzas, clases, clases de clases, tiene como único objetivo la simplicidad de las leyes. Racionalidad no supone ya verdad, sino sentido pragmático en el uso de nuestra herencia científica. Y esto es así no por deseo de desconocer; lo es porque ni la ciencia ni la metafísica ni ningún otro sistema de conocimiento pueden salir de sí mismos para autorreformarse conforme a un supuesto y eterno modelo del mundo. Con otras palabras, citando ese pasaje de Otto Neurath del que tanto gusta Quine:

“No hay *tabula rasa*. Somos como navegantes que tienen que transformar su nave en pleno mar, sin jamás poder desmantelarla en un dique y reconstruirla con los mejores materiales”.²⁴

La nave, por supuesto, es la ciencia.

Referencias

- [1] AYER, A. J. (ed.): *Logical Positivism*. The Free Press of Glencoe, Chicago, 1959. Trad. esp.: *El Positivismo Lógico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978
- [2] CARNAP, R.: *Der Logische Aufbau der Welt*. Berlín 1928. Trad. ing.: *The Logical Structure of the World*. California, 1967.
- [3] DAVIDSON, D.: “Truth and Meaning”, *Synthese* 17 (1967) 304–323.
- [4] DAVIDSON, D. & HINTIKKA, J.: *Words and Objections: Essays on the Work of W. V. Quine*. D. Reidel Publ. Co., Dordrecht, 1969.
- [5] DUHEN, P.: *The Aim and Structure of Physical Theory*, Atheneum, Nueva York, 1962
- [6] FOSS, L.: “Quine on translational indeterminacy”. *Notre Dame Journal of Formal Logic*, XII (1971), pp. 195ss.
- [7] FREGE, G.: “Über Sinn und Bedeutung”. *Zeitschrift für Philosophie und philosophische Kritik*, 100 (1892), pp. 25-50. Trad. esp.: “Sobre sentido y referencia”, en *Estudios sobre semántica*, Ariel, Barcelona, 1984.
- [8] HANSON, N. R.: *Perception and Discovery*, Freeman Cooper, San Francisco, 1969.
- [9] HINTIKKA, J.: *Models for Modalities*. D. Reidel Publ. Co., Dordrecht, 1969.
- [10] HINTIKKA, J.: *The Intentions of Intentionality and Other New Models for Modalities*. D.Reidel Publ. Co., Dordrecht, 1975.

²³QUINE, W. V. O.: *Filosofía de la lógica*, op. cit. pág.: 171. También “What price bivalence?”, en *Theories and Things*, op. cit.

²⁴NEURATH, O.: “Proposiciones protocolares”, en AYER, A. J.: *El Positivismo Lógico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, página 206.

- [11] HOFSTADTER, A.: “The Myth of the Whole: a Consideration of Quine’s View of Knowledge”. *Journal of Philosophy*, 51 (1954), pp. 397–417.
- [12] QUINE, W. V. O.: *Mathematical Logic*. Harvard University Press, Cambridge, Mass. 1951. Trad. esp.: *Lógica matemática*. Revista de Occidente, Madrid, 1972.
- [13] QUINE, W. V. O.: *Elementary Logic*. Harvard University Press, Cambridge, Mass. 1966.
- [14] QUINE, W. V. O.: *Methods of Logic*. Holt, Reinhart and Winston, New York 1951. Trad. esp.: *Los métodos de la lógica*. Ariel, Barcelona 1962. Nueva edición modificada, 1981.
- [15] QUINE, W. V. O.: *O sentido da nova lógica*. Livraria Martins, Sao Paulo, 1944. Trad. esp.: *El sentido de la nueva lógica*. Nueva visión, Buenos Aires 1958.
- [16] QUINE, W. V. O.: *From a Logical Point of View*. Harvard University Press, 2nd edition, Cambridge, Mass. 1980. Trad. esp.: *Desde un punto de vista lógico*. Ariel, Barcelona, 1962.
- [17] QUINE, W. V. O.: *Word and Object*. MIT Press, Cambridge, Mass. 1960. Trad. esp.: *Palabra y Objeto*. Labor, Barcelona, 1968.
- [18] QUINE, W. V. O.: *The Ways of Paradox and Other Essays*. New York, Random House, 1966.
- [19] QUINE, W. V. O.: *Ontological Relativity and Other Essays*. Columbia University Press, New York 1969. Trad. esp.: *Relatividad ontológica y otros ensayos*. Tecnos, Madrid, 1974.
- [20] QUINE, W. V. O.: *Set Theory and its Logic*. Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1969.
- [21] QUINE, W. V. O.: *Selected Logic Papers*. Random House, New York, 1966.
- [22] QUINE, W. V. O.: *Philosophy of Logic*. Prentice-Hall Inc., Englewoods-Cliffs, New Jersey 1970. Trad. esp.: *Filosofía de la lógica*. Alianza editorial, Madrid, 1981.
- [23] QUINE, W. V. O.: *Roots of Reference*. Open Court Publ. Co. La Salle, Illinois, 1974. Trad. esp.: *Las raíces de la referencia*. Revista de Occidente, Madrid, 1977.
- [24] QUINE, W. V. O.: *Theories and Things*. The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Mass. and London, England, 1981.
- [25] QUINE, W. V. O.: “Reflexiones filosóficas sobre el aprendizaje del lenguaje”. *Teorema*, 6 (1972), pp. 5ss.
- [26] QUINE, W. V. O.: “Burdick’s Attitudes”. *Synthese*, 52 (1982) p. 231.
- [27] QUINE, W. V. O.: “Quantifiers and Propositional Attitudes”. *Journal of Philosophy*, 53 (1956), pp. 177–187.
- [28] QUINE, W. V. O.: “Carnap on logical truth”, en *The Philosophy of Rudolf Carnap*, SCHILPP, P. A. (ed.), Open Court, La Salle, Illinois, 1963.
- [29] QUINE, W. V. O.: “On empirically equivalent systems of the world”. *Erkenntnis*, 9 (1975), pp.313–328.

- [30] QUINE, W. V. O.: "Designation and Existence". *Journal of Philosophy*, 36 (1939), pp. 701–709.
- [31] RUSSELL Y WHITEHEAD: *Principia Mathematica*. Cambridge University Press, 1910–13. 2nd edition, 1925–27.
- [32] RUSSELL, B.: *Principles of Mathematics*. Cambridge, England 1903. Trad. esp.: *Los principios de la Matemática*. Espasa-Calpe, Madrid, 1967.
- [33] RUSSELL, B.: *Problems of Philosophy*. Oxford University Press, London & New York, 1946.
- [34] RUSSELL, B.: *Logic and Knowledge*. Allen & Unwin, London, 1956.
- [35] RUSSELL, B.: *Inquiry into Meaning and Truth*. Norton, New York, 1940.
- [36] SCHULDENFREI, R: "Quine in perspective". *Journal of Philosophy*, 69 (1972). Trad. esp.: "Quine en perspectiva". *Teorema*, 1975, V/1.
- [37] TARSKI, A.: *Logic, Semantics, Metamathematics*. Clarendon Press, Oxford, 1956.
- [38] TARSKI, A.: "Der Wahrheitsbegriff in den Formalisierten Sprachen". *Studia Philosophica*, 1 (1936), pp. 261–405.